



La Santa Sede

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA EN SANTA MARÍA IN VALLICELLA
EN LA FESTIVIDAD DE SAN FELIPE NERI

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Sábado 26 de mayo de 1979

Queridísimos hermanos y hermanas:

No podía faltar mi visita a este lugar santo y amado por los romanos, para venerar a quien fue llamado "el apóstol de la Urbe", San Felipe Neri, compatrono de esta alma ciudad.

¡Mi venida era un deber, era una necesidad del alma y era también una ansiosa espera! En esta iglesia donde reposa el cuerpo de San Felipe Neri, presento ante todo mi saludo más cordial a los sacerdotes, hermanos suyos.

Pero después saludo con particular amor a vosotros, fieles, y a través de vosotros a todos los fieles de Roma, ciudad de San Felipe Neri, tan querida y beneficiada por él, cuyo recuerdo vivo y santificante está presente todavía.

Sabéis que en el tiempo de su estancia en Roma, desde 1534, cuando llegó desconocido y pobre peregrino, hasta 1595, año de su venturosa muerte, San Felipe Neri tuvo un amor vivísimo a Roma. ¡Para Roma vivió, trabajó, estudió, sufrió, oró, amó, murió! ¡Tuvo a Roma en la mente y en su corazón, en sus preocupaciones, en sus proyectos, en sus instituciones, en sus alegrías y también en sus dolores! Para Roma San Felipe fue hombre de cultura y de caridad, de estudio y de organización, de enseñanza y de oración; para Roma fue sacerdote santo, confesor infatigable, educador ingenioso y amigo de todos, y de modo especial fue consejero experto y delicado director de conciencias. A él recurrieron Papas y cardenales, obispos y sacerdotes; príncipes y políticos, religiosos y artistas: en su corazón de padre y de amigo confiaron personas ilustres, como el histórico Cesare Baronio y el célebre compositor Palestrina, San Carlos

Borromeo, San Ignacio de Loyola y el cardenal Federigo Borromeo.

Pero aquella pequeña y pobre estancia de su apartamento fue sobre todo meta de una multitud inmensa de personas humildes del pueblo, de personas que sufrían, de desheredados, de marginados de la sociedad, de jóvenes, de niños, que acudían a él para recibir consejo, perdón, paz, ánimo, ayuda material y espiritual. La actividad benéfica de San Felipe fue tal, y tanta, que la magistratura de Roma decretó regalar cada año un cáliz a su iglesia en el día del aniversario de su muerte, como signo de veneración y gratitud.

Viviendo en un siglo dramático, embriagado por los descubrimientos del ingenio humano y de las artes clásicas y paganas, pero en crisis radical por el cambio de mentalidad, San Felipe, hombre de profunda fe y sacerdote fervoroso, genial y clarividente, dotado también de carismas especiales, supo mantener indemne el depósito de la verdad recibida y lo transmitió íntegro y puro, viviéndolo enteramente y anunciándolo sin compromisos.

Por este motivo su mensaje es siempre actual y debernos escucharlo y seguir su ejemplo.

En la preciosa mina de sus enseñanzas y del anecdotario de su vida, siempre tan interesante y cautivadora, algunas perspectivas pueden considerarse particularmente actuales para el mundo de hoy.

1. La humildad de la inteligencia

Es la primera llamada de San Felipe.

En efecto, la soberbia de la inteligencia es un peligro fundamental. San Felipe la veía pavorosamente exuberante en el siglo autónomo y rebelde, y por esto insistía especialmente en la humildad de la razón y en la penitencia interior. La inteligencia es don de Dios que hace al hombre semejante a El; pero la inteligencia debe aceptar sus límites.

La inteligencia debe llegar al Principio necesario y absoluto que rige el universo; reconocer las pruebas históricas que demuestran la divinidad de Jesucristo y la misión divina de la Iglesia; y luego detenerse frente al misterio de Dios, que, siendo infinito, permanece siempre oscuro en su naturaleza y en sus operaciones; la inteligencia debe aceptar su ley, que es ley de amor y de salvación y abandonarse con confianza a su plan, que, siendo eterno, supera ontológicamente toda perspectiva humana.

San Felipe insistía en este sentido de humildad frente a Dios. Llevando la mano a la frente, solía afirmar: "¡La santidad cabe en tres dedos!", queriendo significar que depende esencialmente de la humildad de la inteligencia.

2. *Coherencia cristiana*

Es la segunda enseñanza de San Felipe, muy válida y siempre actual.

Con sabiduría cristiana supo sacar de los principios de la fe las razones profundas de su actividad y de toda su vida. Y de esta lógica de la fe nace espontáneo un estilo de vida, caracterizado por la alegría, la confianza, la serenidad, el sano optimismo, que no es facilonería banal e insensible, sino visión trascendente de la historia, visión escatológica de la realidad humana. De esta alegría interior nacía su extraordinaria fuerza de apostolado y su fino y proverbial humorismo, por el que fue llamado "el santo de la alegría" y su casa fue llamada "casa de la alegría". Sobre este estilo de vida dulce y austero, alegre y comprometido, fundó el "Oratorio", que se difundió por el mundo entero y que entre tantos méritos tuvo también el del desarrollo de la música y del canto sagrado.

Escribía San Pablo: "Alegraos siempre en el Señor; de nuevo os digo: alegraos. Vuestra amabilidad sea notoria a todos los hombres" (*Flp* 4, 4-5).

Así fue San Felipe: hombre de alegría y afabilidad. Quiera el cielo que también cada uno de nosotros pueda gozar esta alegría que nace de la fe cristiana convencida y vivida.

3. *La pedagogía de la gracia*

Es una tercera enseñanza de nuestro santo, muy actual y necesaria.

San Felipe, con respeto pleno a la personalidad de cada uno, planteó el "proyecto educativo" apoyándose en la realidad de la "gracia" y lo desarrolló en cinco directrices principales: el conocimiento delicado de cada uno de los niños y jóvenes mediante la escucha paciente y afectuosa, —la iluminación de la mente con las verdades de la fe mediante lecturas y meditaciones, —la devoción eucarística y mariana, —la caridad para con el prójimo, —el juego en sus más variadas manifestaciones.

El mundo de hoy tiene necesidad extrema de educadores sensibles y preparados, que enseñen a vencer la tristeza y el afán de soledad y de incomunicación que atormenta a muchos jóvenes y a veces incluso los abate.

Como San Felipe enseñad vosotros, padres y educadores, "cuanto hay de verdadero, de honorable, de justo, de puro, de amable, de saludable, de virtuoso y de digno de alabanza" (*Flp* 4, 8).

Queridos fieles de Roma:

¡Cuántas cosas podemos y debemos aprender de nuestro gran santo! El nos habla a cada uno de

nosotros: *Cor ad cor loquitur*, como decía el cardenal Newman, convertido del anglicanismo. El, cuando después de largas y meticulosas investigaciones históricas y después de sufrimientos interiores, se vio apremiado por la evidencia de las pruebas a abrazar el catolicismo y entrar en la Iglesia de Roma, al conocer la vida y la espiritualidad de San Felipe, por su profundidad, equilibrio y discreción, se enamoró tanto de él, que quiso ser sacerdote oratoriano. Fundó el primer "Oratorio" en Inglaterra, siguió siempre sus ejemplos, como atestiguan sus admirables discursos, y lo llamó "mi personal padre y patrono", y en el nombre de San Felipe terminó su obra más famosa *Apologia pro vita sua*.

También para nosotros San Felipe continúa siendo "padre". ¡Invoquémosle! ¡Escuchémosle! Una de las características más amables fue el tierno amor a María Santísima, a la que llamaba frecuentemente *Mater gratiae* con confianza total y filial.

Afirmaba, lleno de ternura hacia la Madre del cielo: "Esta sola razón debería bastar para tener alegre a un fiel, saber que tiene a María Virgen junto a Dios, que reza por él" (*Vita di San Filippo Neri Fiorentino*, escrita por el p. Pietro Giacomo Bacci).

Escuchemos a San Felipe Neri, convencidos de que él, que amó tanto a Roma en vida, continúa protegiendo y ayudando a sus hijos.

Y ahora, antes de comenzar la liturgia del Sacrificio, pensemos un momento en lo que ha sucedido hace algunos días en nuestra querida ciudad de Roma: la muerte atroz de un joven somalí, emigrado aquí, víctima anónima de un gesto absurdo, ha levantado un movimiento de indignación y protesta en todo el mundo y ha desgarrado también mi corazón de Padre.

Y, además, elevemos una oración por el pobre difunto y por todas las víctimas de la crueldad y de la violencia humana, y sobre todo prometamos, cada uno personalmente en su ámbito y en su responsabilidad, vivir el Evangelio con fidelidad absoluta siguiendo las huellas de San Felipe Neri.